

FEDERICO.

¿Qué es?

AUGUSTA.

Algo que te indiqué otras veces como sospecha, pero que ya es evidencia.

FEDERICO.

¿Referente á mí?

AUGUSTA.

Referente á Tomás. La observación atenta de estos últimos días me lo ha comprobado. Ese afán de prodigar y repartir beneficios, ocultándolos como si fueran faltas; ese horror al agradecimiento; ese anhelo de una falsa reputación de egoísmo, vienen á ser... ¡Ay!, no te lo quería decir, porque me causa inmensa pena, y... Pues bien, eso que parece una exaltación de bondad, no es sino locura, hijo mío, locura que no se manifiesta aún ante el mundo, pero que en la intimidad de la vida doméstica resulta bastante clara para que yo la comprenda y la deplora. No lo dudes, Tomás tiene un principio de parálisis general. Con sana razón, no puede existir virtud semejante... ¿Y qué más? (*Bajando la voz.*) El mismo caso sobre que estamos disputando, la sutil combinación para darte á ti lo que, según él, corresponde legalmente á tu padre, ¿no es obra de un cerebro enfermo? ¿Qué persona medianamente sensata ha podido discurrir cosa semejante? Dar por válida, en conciencia, una deuda que

los tribunales no acertarían á poner en claro; reconocer como acreedor á tu padre, que adquirió el crédito por una bicoca; darle á él parte mínima, y lo demás á ti y á tu hermana...; eso que presentado así, en pocas palabras, resulta hermoso y hasta sublime, es, no lo dudes, ebullición de la mente atacada del delirio humanitario.

FEDERICO.

¡Ay, la pícara idea moderna, contra la cual yo estoy á matar! A todo el que piensa ó hace algo extraordinario le llaman loco. Es que esta innoble sociedad, sin religión, sin ningún principio, no comprende nada grande. El genio poético y la inspiración, locura; locura las acciones maravillosas; locos los criminales, para dejarles impunes; locos los grandes hombres, para empuqueñecerles. ¿Pretenden sin duda establecer un nivel de tontería y vulgaridad del cual no rebase nadie? No, yo protesto contra esa idea. ¡Orozco demente! ¡Oh, Dios de justicia! ¿Y por qué? ¡Porque imaginó aquel plan admirable en beneficio mío y de mi hermana! Idea encantadora, original y atrevida; idea tan alta, que no se puede uno elevar hasta ella y hacerse digno del que la concibió, sino no aceptándola. Sí, rechazarla es merecerla, querida mía, y aceptarla es una indignidad... Créelo, si aquí hay locos, somos nosotros, tú y yo, que estamos discutiendo una cosa tan clara y sencilla.

AUGUSTA, *contrariada*.

Lo claro y sencillo es que no tienes sentido común..., ó en ti no hay más que orgullo, soberbia, hinchazón, caballería andante y ganas de hacer el paladín.

FEDERICO.

Ni comprendo yo cómo podría ser amado un hombre capaz de envilecerse hasta ese punto. Yo mujer..., ¡quita allá!, sentiría asco del hombre que en un caso semejante no procediera como yo procedo.

AUGUSTA, *retirándose de la mesa y arrojándose en un sofá*.

Será que estoy imposibilitada de verlo así por mi ceguera, porque todas las potencias del alma me las tiene secuestradas el amor. (*Con arrogancia*.) No me pesa ser así, ni me concibo de otra manera. Pudo asustarme esta falta mía cuando á ella me vi lanzada; pero una vez en el camino, las cuestras, y aun los despeñaderos, no me asustan. Todas las consecuencias que pudieran sobrevenir, yo las soporto. A veces me doy á imaginarlas muy terribles, y créelo, las miro sin pestañear. Queriéndote yo, y queriéndome tú, para nada me faltan alientos. Parece-me que no hay ningún interés superior al de tu tranquilidad, y que la logres por mi mediación será mi mayor dicha.

FEDERICO, *agitado y hosco*.

No puede ser, repito que no puede ser.

AUGUSTA, *con súbita energía*.

Pues lo será, quiéraslo ó no. ¿Se ha de hacer siempre lo que á ti se te antoje?

FEDERICO.

En cosas que á mí sólo atañen, sí. ¡Pues no faltaba más...!

AUGUSTA, *con exaltación*.

Tienes el deber de complacerme, de sacrificarme tu orgullo, á mí, á mí, que me he deshonrado por quererte... Vengamos á cuentas. ¿No puedes tú deshonrarte un poco por mí?

FEDERICO.

Augusta, mi sacrificio en ese caso sería superior al tuyo.

AUGUSTA.

Egoísta.

FEDERICO.

Egoísta tú...

AUGUSTA, *levantándose poseída de furor*.

Pues tiene que ser, porque yo te lo mando... Necio, si ya no puedes evitarlo. Estás cogido. Te lo diré, para que te sometas á los hechos consumados. Esta mañana han estado en casa dos de tus acreedores. Les citó mi marido para tratar con ellos de la manera de recoger tus pagarés.

FEDERICO, *con menosprecio.*

¡Mujer!... Déjame en paz. Usas un argumento capcioso para doblegarme..

AUGUSTA.

Te doblegarás, aunque no quieras. Lo hecho, hecho está, y que patalee tu ridículo orgullo. Y si te obstinas en luchar con nosotros, te aborrezco, te abandono á tu suerte... *(Nerviosa y trémula coge una copa de champagne, como con intención de beber; pero de improviso la estrella contra la pared próxima.)* ¡Maldita sea yo mil veces!

FEDERICO.

Estás loca, loca..., y yo también.

AUGUSTA, *rompiendo á llorar.*

¡Dios mío, qué desgracia querer á este hombre, quererle así... Y no poder yo arrancarle de mi alma, como debo y como él se merece!

FEDERICO, *aproximándose á ella.*

Aborrécame de una vez. Y así quedaremos francos para hacer cada cual nuestra santa voluntad.

AUGUSTA, *con vivísima expresión en la voz y gesto.*

No sé aborrecer...; pero sabré arrancarte de mi corazón y arrojarte á la indiferencia. Estúpido, tú te lo pierdes. Consúmeme en la miseria; vive como los tramposos, sin familia, sin hogar casi, acechando la suerte, perseguido de acrec-

dores, sin saber por qué calle pasar, porque en todas temas que salga una fiera con las garras afiladas; anda, sigue, corre, diviértete; devánate los sesos calculando cómo aplacar á este usure-ro, cómo entretener al otro, cómo engañarles á todos; pásate la vida aparentando bienestar y alegría, de casa en casa, y en realidad más pobre y más angustiado que los infelices harapientos que piden limosna por las calles.

FEDERICO, *que se sienta al otro extremo de la mesa, volviendo la espalda á Augusta.*

Sí, ese es mi destino. Qué quieres; viviré así..., mientras viva.

AUGUSTA.

Buen provecho. Imposible hacer carrera de ti. Esto me desilusiona de una manera horrible. Hemos concluido. Ya era tiempo... Por culpa tuya es... Esta noche nos despedimos para siempre.

FEDERICO.

Concluiremos, sí... Yo lo deseo.

AUGUSTA.

¡Lo deseas! *(Conteniendo su furor.)* Ya lo conocía yo... Pues mira: yo también lo deseaba. No me decidía por lástima de ti.

FEDERICO.

Y yo también vacilaba, por la misma razón.

AUGUSTA.

Pues mejor... (*Rabiosa.*) Esto se acabó. Ya era tiempo.

FEDERICO, *para sí, apoyando la cabeza en las manos.*

¡Nada me queda ya, ni esto siquiera! Hasta el recreo de la imaginación se me acaba. Ya ni aun podré engañar las soledades de mi vida llamando á la mujer seductora y diciéndole: «ven-te á pasar un rato conmigo». Romperemos.

AUGUSTA, *altanera y sarcástica.*

Tenía que ser. Somos incompatibles. Tu qui-jotismo no se aviene con mi llaneza... Puede que te lo sufran esas mujerzuelas con quienes tratas, las *Peris* y otros tipos semejantes, porque esas, por su misma inferioridad, hasta pueden socorrerte sin herir tu soberbia...

FEDERICO, *llena de champagne una copa y la bebe.*

¡Dios mío, qué mal me siento! (*Pausa. Augusta le contempla sin chistar.*)

ESCENA IV

Los mismos. LA SOMBRA DE OROZCO, *que entra por la puerta de la derecha, y se sienta á la mesa frente á Federico. Viste traje de cazador con capote de monte. Augusta no le ve.*

FEDERICO, *mirándola con estupor.*

¿Ya estás aquí?... Te esperaba.

LA SOMBRA, *tiritando.*

¡Hace un frío en aquel monte!... (*Se sirve champagne y bebe.*) Parece que te causo miedo. No temas; soy tu amigo. Desde la calle se oyen las voces que das maltratando á esa pobrecita *Peri*. (*Contemplando á Augusta con lástima.*) ¿Ves cómo lloriquea? Eres un bruto, y no te mereces tal joya.

FEDERICO, *con ironía delirante.*

¡Valiente joya!... Reñimos porque se empeña en deshonrarme.

LA SOMBRA.

¡Deshonrarte á ti, el Amadis de la delicadeza y de la dignidad! Sobreponete á las hablillas del vulgo. Estoy contento de ti, porque has apechugado con mi favor. Así se cumple con los amigos y con la humanidad.

FEDERICO.

Tu protección me abruma.

AUGUSTA.

¡Pues con dejarla...! Hemos concluido.

LA SOMBRA.

Ya no puedes volverte atrás, porque dijiste que la aceptabas.

FEDERICO.

Yo no he dicho eso.

AUGUSTA.

Pues lo digo, yo.

LA SOMBRA.

Ya sabe todo el mundo que accedes, y se te alaba justamente por tu condescendencia. Con lo que yo te doy, y lo que te ofrece Augusta para tus gastos mensuales, y algo que te supla también esa... (*mirando á Augusta*), *La Peri*, tienes para vivir como un príncipe. Nadie te censurará; al contrario, dirán: «¡qué listo es!» De mí sí que oirás horrores. Pero mejor; eso me gusta.

FEDERICO, *furioso*.

Repito que no acepto. Antes moriré cien veces.

AUGUSTA.

Bueno, bueno. No soy sorda. Te daré recibo si es preciso.

LA SOMBRA.

Aceptas, sí, porque ya no puedes evitarlo. Lo hecho, hecho está, y que patalee tu ridículo orgullo. (*Con atroz firmeza.*) Tu papel en la sociedad te hace sucumbir á mi deseo. Y tu aceptación realiza un ideal de justicia suprema, pues con ella te pones al nivel de tu bajeza. Estás en carácter. Tu deslealtad necesitaba un estigma, algo exterior que la patentizase, y mi dádiva te lo graba en la frente. Si tuvieras conciencia, diría que es un castigo; pero no hay castigo en quien carece de sensibilidad.

FEDERICO, *arrebatao y fuera de sí*.

¡Maldita sea tu alma! (*Coge una copa y se la tira, apuntando á la cabeza. La copa se hace mil pedazos en el respaldo de la silla frontera, y el champagne salpica al rostro de Augusta.*)

AUGUSTA, *limpiándose la cara*.

Eso es, las pobres copas lo pagan. ¡Qué culpa tendrán ellas de tu tontería!... No creas: tus violencias no me inquietan nada.

LA SOMBRA.

La pobre *Peri* se escandaliza de tus arrebatos. Mira cómo se limpia la carita. Quiere quitarse hasta el último átomo de vergüenza. No frotés más, hija, que ya no queda nada.

AUGUSTA.

... pero nada.

FEDERICO, *despejándose un poco, se pasa la mano por los ojos*.

No; esto no es, esto no puede ser real... (*A Augusta.*) Leonor, ¿tú le ves?

AUGUSTA, *sorprendida*.

¿A quién?

FEDERICO.

Está ahí...

LA SOMBRA, *desvaneciéndose*.

Esa tonta dirá que no me ve; pero viéndome está.

AUGUSTA, *con ira.*

¿Qué nombre me has dado?

LA SOMBRA, *con risita impertinente.*

El suyo... ¿Pues cómo quiere que la llamen?

FEDERICO, *desesperado.*

¿Estoy yo loco, ó qué es esto, razón mía?

LA SOMBRA, *que se acerca á Federico y le toca en el hombro.*

Haz las paces con ella, sométete á su tirana voluntad. Tiene más talento que tú... Desecha esa idea que te acosa días ha.

FEDERICO.

No quiero.

LA SOMBRA.

Deséchala. ¿A qué te atosigas con tal idea si te falta valor para realizarla?

FEDERICO.

¡Mal rayo! ¡Cara de Judas!, no me falta valor.

LA SOMBRA.

Tu destino es encenagarte en la deshonra. No sabes ni sabrás nunca morir. ¿Por qué vuelves la cara? ¿Es que no quieres verme? Si ya me voy... Mirame, mirame salir. (*Abre la puerta y sale tranquilamente.*)

ESCENA V

FEDERICO, AUGUSTA.

FEDERICO, *dejándose caer en un sillón.*

¡Ay de mí!

AUGUSTA, *corriendo hacia él, amorosa.*

¿Qué tienes?

FEDERICO.

¡Amiga de mi vida, si vieras qué mal me siento! Esta ansiedad, este..., esto que rebulle aquí... (*oprimiéndose el costado izquierdo*), sensación que no tiene nombre..., prurito de meterme la mano hasta muy adentro y separar algo que me estorba, que me impide pensar y sentir.

AUGUSTA.

No es nada... Estás nervioso. Te has excitado tontamente. Perdóname si te he dicho algunas cosillas desagradables. En cambio tú, extraviado sin duda por la bebida, me diste un nombre que es una injuria.

FEDERICO, *como volviendo en sí.*

¿Yo..., yo...?

AUGUSTA.

Sí, tú... Me has llamado Leonor.

FEDERICO, *mirándola con extravió.*

¿Y qué...? Amiga mía, haz el favor de darme un vaso de agua. (*Augusta se dirige al aparador, y mientras echa agua en una copa, Federico se acerca á la chimenea y coge el revólver.*) No más padecer. (*Se dispara un tiro en el costado izquierdo.*)

AUGUSTA.

¡Ay! (*Paralizada de terror.*)

FEDERICO, *cayendo en un sillón, desvanecido.*
Nada, nada... Ya estoy bien.

ESCENA VI

Los mismos. FELIPA.

AUGUSTA, *horrorizada, las manos en la cabeza.*
¿Qué es esto?... Federico... Felipa.

FELIPA, *sin aliento.*

¡Jesús...! *(Ambas se arrojan sobre él.)*

AUGUSTA.

¿Qué has hecho..., vida mía?... *(Palpándole y buscando la herida.)* ¡Ah!, no será nada...

FELIPA.

No veo sangre... *(Se mancha de sangre la mano.)* ¡Ah!, sí..., mire usted. Por aquí, en este costado.

AUGUSTA, *consternada.*

Amor mío, ¿qué has hecho? Estás herido... Pero no, no será de gravedad. Respiras, vives... ¡Mírame, por Dios...; mírame y háblame!

FEDERICO, *tratando de apartarla de sí.*

Déjame... No ha sido nada. Me siento bien ahora. *(Con rápido movimiento recoge del suelo el revólver.)*

AUGUSTA.

¿Qué quieres, qué buscas? Dame acá. *(Las dos tratan de quitarle el arma. Entáblase violentísima*

lucha, en la cual Federico desarrolla considerable fuerza muscular. Consigue desasirse de ellas.)

FEDERICO.

Déjame, ó te mato.

AUGUSTA, *que ha caído al suelo, se pone de rodillas, y le interpela llorando.*

¿Qué haces? ¿Estás loco? Amor mío, cálmate... Te has herido...; pero sanarás: es cosa ligera...; sé razonable, no escandalices...; vendrá gente. ¡Qué deshonra!... Oye..., te quiero mucho: haré todo lo que tú mandes... Tu voluntad es mi voluntad. ¡Pero no te mates; por Cristo crucificado, no te mates!... Me moriré de pena.

FEDERICO, *con entereza, dominándose.*

Sé lo que debo hacer. Voy á lo que voy, y pido á Dios que me perdone.

FELIPA.

Llamaré á los vecinos.

AUGUSTA.

No, aguarda..., calla. Federico, por Dios, apiádate de mí... Oye, sosiégate, hijo de mi alma; traeremos un médico, un médico discreto..., te curará, y luego nos vamos... tranquilamente...

FEDERICO, *con sequedad.*

Vete á tu casa..., y pronto. *(Da varias vueltas atontado, como buscando la salida, y por fin pasa al otro gabinete.)* Al que se me ponga por delan-

te le dejo seco... *(Sale precipitadamente, sin sombrero. Las dos mujeres, aterrorizadas, no se atreven á detenerle.)*

AUGUSTA, *corriendo detrás por el pasillo.*

Se mata, se mata de seguro... ¡Dios tenga piedad de él y de mí!...

FELIPA, *corriendo detrás de su señora.*

Va disparado: no le podemos seguir. *(Baja la escalera.)*

ESCENA VII

Calle obscura. Casas á la derecha: á la izquierda, vallas de madera y solares abiertos; en el fondo, un declive del terreno.

AUGUSTA.

No veo nada. ¿Por dónde va?

FELIPA, *señalando al fondo.*

Por allí... Parece que se cae... Señorito, por Dios, no sea loco. *(Ambas tratan de seguirle.)*

AUGUSTA, *avanzando decidida en la obscuridad.*

No le abandono, suceda lo que quiera... Alma mía, ¿dónde estás? Aguarda. Tengo que hablarte..., escucha...

FEDERICO, *cuya voz se oye muy lejana.*

Leonorilla, no me sigas. Procura ser buena. Yo..., así. *(Suenan tiros. Las dos mujeres se detienen espantadas.)*

AUGUSTA.

Me muero... ¡Jesús, ampara-me!

FELIPA, *avanzando, se inclina y palpa el terreno.*

Por aquí... ¡Ay, aquí está!... *(Tocando el cuerpo exánime.)* ¡Qué miedo!... *(Para sí.)* Más muerto que mi abuelo... ¡Eh!, ¿qué es esto?... La condenada pistola. *(Recoge el revólver.)*

AUGUSTA, *da algunos pasos desfavorada, y cae de rodillas.*

Yo también...

FELIPA.

Señorita, ¿dónde está usted? No veo. *(Buscándola. Recuerda que lleva en su mano el revólver.)* ¿Y qué hago yo con este chisme? No se me vaya á disparar. *(Lo arroja por detrás de una empalizada próxima.)* Señorita, deme la mano... *(Encontrándola, la levanta del suelo con vigoroso esfuerzo, tirándole de los brazos.)* Vámonos de aquí... pronto... Puede venir gente.

AUGUSTA.

Que venga. No me importa.

FELIPA.

¡No me comprometa, por Dios!... Vámonos. *(Tirando de ella.)* Si ya no tiene remedio... Que no nos cojan aquí.

AUGUSTA, *atolondrada, insensible.*

¿Adónde me llevas?

FELIPA.

Por aquí..., vamos... pronto... *(Quitándose una toquilla que lleva sobre los hombros.)* Póngase esto

por la cabeza. Así... (*se la pone*), para no llamar la atención. Ahora..., serenidad. Cogemos un coche, y á mi casa.

AUGUSTA.

Lo que quieras. Me dejo llevar. No tengo voluntad..., no tengo alma. (*Huyen por la izquierda.*)

ESCENA VIII

Salones en casa de Orozco. La misma decoración de la primera jornada. Es de noche.

MALIBRÁN, VILLALONGA, *en la sala de la derecha.*

VILLALONGA.

Da gracias á Dios, amigo Cornelio, por haberte librado de la desagradabilísima operación de batir las cataratas á nuestro buen Orozco. Ni comprendo yo cómo se puede acometer á sangre fría tal empresa quirúrgica. Llegarse á un hombre, á un amigo, y decirle á boca de jarro: «mira, Fulano, yo sé que tu mujer, etc..., y te ofrezco medios de comprobación material cuando gustes», es cosa fuerte, pero tan fuerte, que si yo me hallara en el triste caso de ser operado así, cree que mi primer impulso habría de ser romperle los ojos al... oculista.

MALIBRÁN.

La verdad es que se me hacía difícilísimo el primer pinchazo. En la mañana del domingo, hallándonos los dos en el solitario monte, vi

la ocasión propicia y quise lanzarme, pero no hallé manera de abordar el peligroso tema. Toca por aquí, escarba por allá, y nada. Mi conocimiento de las mil emboscadas de la conversación resultaba inútil. Luchaban en mí el deber de conciencia mandándome hablar, y la gravedad del asunto poniéndome cien mordazas.

VILLALONGA.

No veo tan claro, francamente, lo del deber de conciencia. La mía no me ha inducido nunca á ilustrar á mis amigos sobre puntos tan delicados.

MALIBRÁN.

Cada cual ve las cosas á su manera. No soy gazmoño en asuntos de moral conyugal. Tengo acá mis ideas..., quizás un poco extravagantes; y para metértelas en la cabeza, necesitaría explicar con alguna extensión mi teoría de que el grado de culpabilidad adulterina depende de la elección de cómplice, resultando una escala que va desde lo disculpable, por no decir plausible, hasta lo que merece la mayor execración. Pero no me parece oportuno ahora...

VILLALONGA.

No; déjalo para otra vez.

MALIBRÁN.

Sea lo que quiera, me alegro mucho de que el Acaso, el socorrido *Fatum* me librara del com-

promiso fastidioso de tener que cantar. Y se me quitó un peso de encima cuando llegó el telegrama de Calderón anunciando á Tomás la inesperada tragedia. Los dos nos quedamos, al leer el parte, como quien ve visiones, y celebré para mí sayo que la divina Providencia se encargase de la misión difícil que yo me había impuesto. (*Bajando la voz.*) Porque tengo para mí que, en presencia de este hecho elocuentísimo, Orozco no puede permitirse seguir ignorando... ¿Qué te parece? Desde que se conoció la catástrofe en Madrid, el nombre de Augusta figura en todas las versiones que corren de boca en boca.

VILLALONGA.

No sé, no sé... (*Meditabundo.*) ¿Y tú qué piensas de esta desgracia?

MALIBRÁN.

Para mí, el pobre Viera se hallaba en una situación ahogadísima, en declarada, irremediable bancarrota. Enormes deudas de juego, de esas que no admiten prórroga, le abrumaban. Augusta le había auxiliado hasta ahora en la medida razonable; pero las exigencias de él llegaron á ser tales, que la pobre mujer no quiso ó no pudo satisfacerlas. De esta resistencia de Augusta, y de las tremendas razones con que Federico apoyaba sus demandas de dinero, hubo de resultar un vivo altercado, amenazas, dema-

sías de lenguaje, qué sé yo... Federico, en un raptó de furia y desesperación, harto de padecer, viéndose sin honra, insolvente, comido de acreedores, rechazado de sus amigos, liquidó con la vida. En rigor, era la única liquidación posible.

VILLALONGA.

Es verosímil.

MALIBRÁN.

Tan verosímil, que yo me represento la escena como si la estuviera viendo y escuchara la voz de ambos personajes.

VILLALONGA.

Pero hay algo que no está claro, ni creo que lo esté nunca. No tengo yo por seguro que la pobre Augusta se hallara presente en el acto del suicidio.

MALIBRÁN.

Para mí es indudable que sí.

VILLALONGA.

¡Pobre mujer! Cree que me inspira lástima, y que daría yo cualquier cosa porqué su nombre no figurara en este misterioso asunto.

MALIBRÁN.

Déjala, déjala que pague su error. Estas damas que presumen de inteligentes son atroces en sus deslices. Escogen siempre lo peorcito, y luego se llaman desgraciadas y se encomiendan á

la Virgen. El mejor auxilio que les puede dar el Espíritu Santo es sugerirles una buena elección.

VILLALONGA, *con seriedad*.

Amigo Malibrán, como amigos de la casa, debemos desear que se corte el escándalo y se eche tierra al asunto. No sé si Orozco se dará por entendido ante el público del descarrilamiento de su mujer. Es probable que la discordia conyugal, consecuencia segura de este mal paso, quede en las sombras de la vida íntima. Orozco es muy circunspecto, muy metido en su concha, y sabe tragarse en silencio la cicuta. Se me figura, por algo que he olfateado esta tarde, que Cisneros intriga subterráneamente á fin de ahogar el escándalo. A nosotros, amigos leales de la familia, nos corresponde coadyuvar á esta obra benéfica del gran castellano viejo. Desmintamos las especies terroríficas que circulan por ahí; defendamos el honor de esta casa, y saquemos á la pobre Augusta del pantano en que ha caído.

MALIBRÁN.

¡Diantre! (*Caviloso.*) Pues si ella lo agradeciera...

VILLALONGA.

Claro que lo agradecerá. La infeliz es una bendita. Ha padecido una alucinación... ¡Ah!, el mal de la época, la diátesis de nuestros tiempos de refinamiento social. Amigo mío, la vida esta

de recepciones, galantería, sibaritismo, comidas, y el charlar ingenioso y pérfido entre los dos sexos, es un excitante desmoralizador. No hay familia posible con semejante vida. Perdona que esté tan filósofo, yo, el último de los desmoralizados, pero también el primero de los alumnos de la gran profesora, la experiencia.

MALIBRÁN.

Si yo contara con la gratitud de Augusta, sería el primero en llevar mi espuerta de tierra al montón que ha de cubrir el escándalo. Pero dudo que...

VILLALONGA, *poniéndose serio*.

No seas idiota. Y en último caso, el agravio que la opinión infiere á nuestro amigo Orozco lo hago yo mío; vamos, que me meto á paladín, sí señor. Cuidado, pues, Malibrancito: ten juicio, pues bien pudiera suceder que yo me amoscara... Todo está en que me dé por ahí.

MALIBRÁN.

¿Pero tú qué tienes que ver...?

VILLALONGA.

Tengo y no tengo... En fin, que me carga tu intervención, tu espionaje y tu lamentable oficiosidad en este asunto.

MALIBRÁN, *con mal humor*.

Ea, déjame á mí... (*Cediendo.*) Pero, en fin, ¿qué es lo que tú quieres?